

mientras que se están luciendo.
¡Flores frescas y lozanas,
de este vergel lúgareño!

Los mozos en la calzada,
castañuelas en los dedos,
esperan que «la charrada»
les toque el tamborilero
para lucirse delante
de la moza de sus sueños,
al bailarla con su amigo
ágil como él y diestro.

El «tío Santos» les anima
con la gaita y con el gesto.

Y después, ya que las mozas
a bailar todas salieron
poniéndose en carrefila
y teniendo enfrente a ellos,
cambio de son y comienza

su alegre tamborileo
para el baile que ha de ser,
nunca «agarrao», sino «suelto»,
así lo aprendió a tocar
en otros lejanos tiempos
y no quiere que por él
se pierdan tales recuerdos,
y además morir tranquilo
sin graves remordimientos.
Nunca atizó a la lujuria
en su mortífero fuego.

Acaba el día y con él
se acaba el esparcimiento,
a la majada se va
alegre y siempre contento
sin las gafas domingueras
con el zurrón bien repleto,
sin tamboril y con gaita
«Santos el tamborilero».

R. SANCHEZ CAYETANO



Lo geológico, lo geográfico y lo mitológico

En el comienzo, cómo el Cielo y la Tierra surgieron del Caos.

Milton. P.L. I.9.

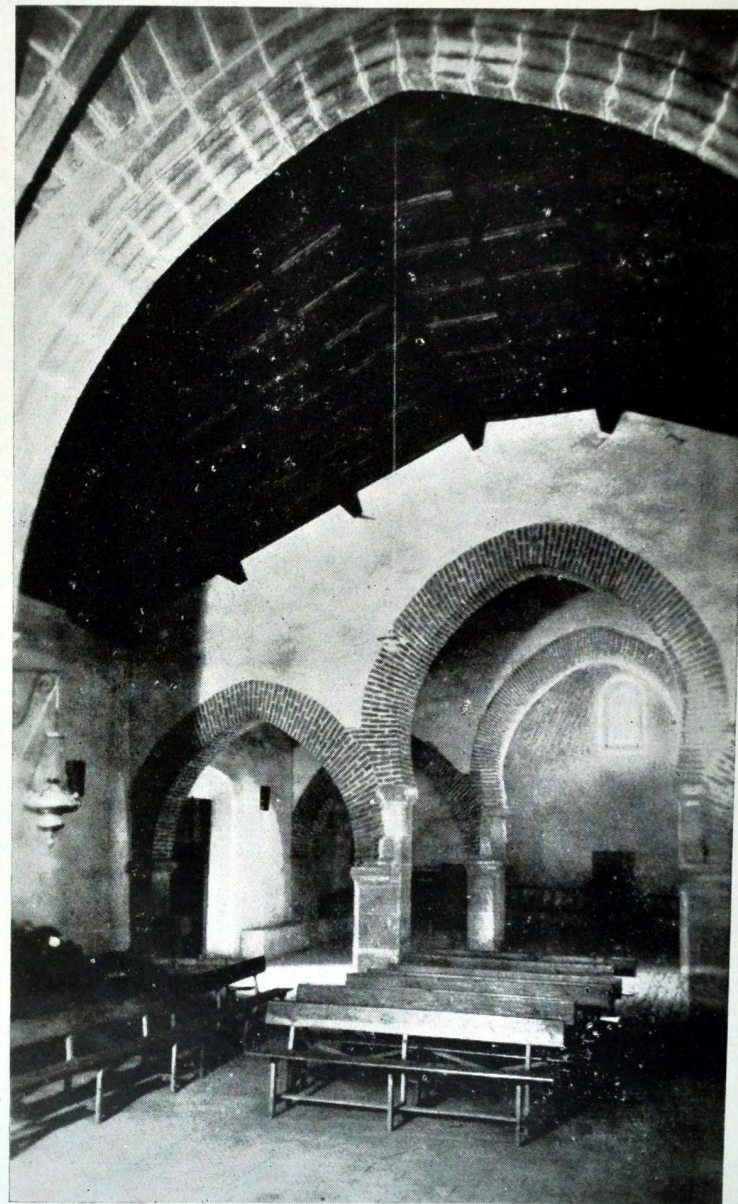
PARA comprender los mitos cosmológicos de los griegos, es necesario aclarar lo que ellos, en los tiempos primitivos supusieron ser la constitución del mundo. Comenzaron casi con las mismas nociones que todos los pueblos primitivos parecen poseer, a saber, que su real constitución es la que, de tanto de él como puede ser visto en seguida parece tener. Ahora bien, éstas, a menos de estar el observador entre una larga línea de colinas, como un egipcio o confinado en una isla o en un grupo de islas como los pueblos del Pacífico meridional, es un círculo más o menos plano, excepto donde montañas o colinas emergen de él, y coronado por la inmensa cúpula del firmamento, que le toca en el horizonte. Por un lado puede verse al Sol y a las estrellas levantarse sobre el horizonte mientras por el otro lado desaparecen en su ocaso. Como siempre salen por el mismo lado, es de presumir que sigan su camino por detrás para volver, ya bajo tierra ya por otra ruta oculta. Esta y no otra es la más antigua representación griega de la tierra presupuesta en todas las más viejas leyendas y que sobrevive en algunas más tardías. En particular los griegos supusieron que el límite de esta llanura de tierra estaba formado por la corriente del Océano —Okeanos— que no es el mar sino un gran río que fluye circulante. El firmamento es una cúpula sólida a veces dicha estar fabricada de bronce o hierro; está a una considerable altura de la tierra, pero no a una distancia ilimitada; la residencia de los dioses es o bien el mismo firmamento o la cima del Monte Olimpo. A lo más si se pudieran amontonar tres grandes montañas una sobre otra, podría formarse una escalera al cielo. El cuento de Faetón, para poner sólo un ejemplo, significa, que si uno va al Este lo suficientemente lejos llegará al verdadero sitio donde el firmamento toca a la tierra y el sol comienza su ascensión. Por el Oeste, a la otra mano, donde el sol se pone, hay una tierra de oscuridad, cerca de la cual está la entrada al Hades, como se verá claramente en la historia de Ulises. En algún tiempo el Hades es a menudo concebido como estando bajo tierra para ser encontrado a través de uno de los muchos abismos abiertos en las rocas griegas *katavothra* como son llamados en la lengua moderna, tal como uno famoso en Tenaron cerca de Esparta. De esta idea tenemos abundantes manifestaciones en los *cuentos* de Aulia-

rao, Orfeo, y especialmente de Heracles. Tal doble creencia fue bastante común; es notable que las hallamos mezcladas al mismo tiempo por lo menos en un pasaje de Hesiodo, en donde ciertos monstruos son por algún tiempo confinados por Zeus «bajo tierra», pero al mismo tiempo «al más lejano límite, en las fronteras del poderoso mundo».

De la actual geografía del mundo, una parte variable fue conocida, como puede suponerse, en diferentes tiempos. En Homero, la Grecia propia y parte de la costa del Asia Menor era tierra familiar para la mayor parte, pero más allá de esto, comienza el país de ensueños. Las aventuras de Ulises en particular, parecen haber tenido lugar en una vaga región del Oeste de Grecia, tradicionalmente en alguna parte de la Italia meridional. Para Esquilo la Italia meridional es territorio bastante familiar, pero el interior del Asia Menor comienza a palidecer dentro de lo desconocido y maravilloso. Después de las conquistas de Alejandro, los que necesitaban un país de maravilla debían ir más allá aún, a la Europa septentrional.

Teniendo esta concepción del mundo, en que vivían los griegos desde tiempos bien primitivos se interesaron por el problema de sus génesis. Su imaginación ha poblado cada parte de él con moradores divinos, los cuales no son todos de un mismo origen. Algunos pocos han sido traídos consigo por los pueblos de lengua griega cuando invadieron el país y le ocuparon en tiempos históricos; algunos sin duda pertenecían a la civilización Mino-Micénica que encontraron cuando su invasión o tal vez ayudaron a crear; otros además, especialmente pequeñas divinidades locales, han estado aquí desde los tiempos salvajes, muchas centurias antes. Por otra parte, los helenos invasores no constituyeron todos una unidad política ni jamás la lograron y es muy verosímil que varios grupos de éstos se mezclaran diversamente con la población pregriega. Por lo tanto casi desde el tiempo en que la lengua griega se oyó por primera vez en Grecia, hubo allí un vasto conjunto de toda clase de cultos y toda suerte de divinidades, grande o pequeño, salvaje o civilizado, acreditados con prácticas, unido con varias vías con procesos de la naturaleza y la vida del hombre. Ningún pueblo de imaginación viva, menos de todos los antepasados del filósofo europeo, podría haberla inhibido de preguntar qué conexión había entre estos diferentes dioses y asimismo entre ellos y entre el mundo en que ellos y sus adoradores vivían. Así es que encontramos no en verdad una exposición singularmente ortodoxa de cómo el universo y sus moradores divinos y humanos vinieron a ser, sino a una conformidad general en sus líneas el fruto de una especulación primitiva y fantástica respecto de estos asuntos. En Homero, los dioses están ya organizados sobre el modelo de un clan humano con Zeus a la cabeza. Hesiodo conserva el más primitivo relato de cómo este estado de cosas acaeció.

Antes de todas las cosas, nos relata, vino el *Caos*. Esta palabra, que parece significar literalmente «vacío que bosteza» claramente no significa un puro espacio vacío; aún en este tiempo para los griegos era inverosímil que concibiera de algo como viniendo a la existencia



ALBUM EXTREMEÑO. — Cáceres: Interior de la Ermita del Espíritu Santo. (Foto Javier)

de la nada. Ni dice Hesiodo que el Caos haya existido desde toda la eternidad, pues emplea la palabra *geneto* —vino a la existencia— «mejor que era»; término con el que han jugado mucho los filósofos en tiempos posteriores. Es un punto de partida mejor que un comienzo absoluto. Luego, brotó aparentemente del Caos, vino la *Tierra*, el *Tártaro* — que explica cómo un lugar tenebroso en el fondo de la tierra—, el *Amor*, el *Erebo* y finalmente la *Noche*. De la noche y el Erebo nacieron el *Eter* —Firmamento, aire más alto— y el *Día*; mientras la Tierra sin ayuda produjo el *Cielo*, las *Montañas* y el *Ponto*.

Hasta aquí estamos tratando mas bien de filosofía que de mitología. La terminología está clara, elaborada, haciéndose distinción entre Tierra y suelo, asimismo entre el Cielo —concebido como casi-antropomorfo— y el aire superior o firmamento y entre oscuridad y noche. Una todavía más elaborada tentativa para salvar el abismo entre la nada y el mundo visible es la cosmología Orfíca según la cual Caos, Noche y Erebo eran en el principio; la Noche puso un huevo y de él salieron Ebos, también conocido por Fanes, Metis y Erikapeos o erikepeo. Parece haber sido el padre o la madre, de una serie de generaciones de dioses que no necesita ser detallada aquí, como nada en absoluto tuvieron que hacer con la creencia popular griega y en todo caso su orden varía en los diferentes relatos. Un ejemplo de la influencia de la especulación posterior sobre la narración tradicional hesiódica se encontrará en la *Metamorfosis* de Ovidio, donde el caos llega a ser una uniforme mezcla de los elementos o principios de las cosas, duros y blandos, pesados y ligeros, etcétera. Mucho más tarde todavía hallamos huellas de la cosmogonía clásica mezclándose con relatos derivados de la mito creacionista (?) hebreo; de aquí en una paráfrasis del Génesis, falsamente atribuida a San Cipriano y escrita en vulgares exámetros latinos, el tradicional caos sustituye al «abismo» del original,

«Luego, continúa el relato hesiódico, Tierra enmaridó con el Cielo y dio a luz a Oceanos con sus profundos remolinos, Coyos también y Crios, Hisperión y Yapetos, Teya y Rea, Temis Mnemosine, Febe coronada de oro y la amable Tetis. A lo último de todo después de éstos nació Cronos de torcido consejo, muy temido de los hijos, pues odió a su lozano padre.

Aquí entramos en la región del mito genuino y naturalmente primitivo. La pareja originaria —Cielo y Tierra— en modo alguno fue peculiar de la leyenda griega, pero hubo de encontrarse, por ejemplo tan lejos como Nueva Zelandia en donde aparecen respectivamente como Rangí y Papa y el mito continúa en líneas generales muy semejante a Hesiodo. La distancia aquí es geográficamente tan enorme y la carencia de una conexión etiológica o cultural, entre los griegos del tiempo de Hesiodo y los Maoris de alguna época tan completa que probablemente nos la habemos con un mito que ha surgido independientemente en diversos lugares.

El Cielo —Uranos— es difícilmente un dios, es decir, no parece que los griegos de algún tiempo y lugar le hayan adorado. No siendo objeto de culto alguno, existe raramente el deseo de representarle.

Por una razón semejante encontramos que su parentesco y relaciones familiares varían. Es llamado no pocas veces Akmonides, hijo de Akmon, siendo este último nombre de significación un tanto incierta. Parece posible tomarle significando «infatigable», pero se ha sugerido ingeniosamente que se relaciona con el «acman» del viejo Persa y del Sánscrito y en este caso significaría «piedra»; hemos ya visto que el Cielo es expresado como siendo de bronce o hierro. Parece muy verosímil que esta Deidad no sea otra que Uranos mismo; en manera parecida Hyperión es algunas veces el Sol, otras el padre del Sol. A veces, de nuevo, Uranos es el hijo del Eter, en otras palabras, Cielo es engendrado de Firmamento.

Tierra —Gaia, gae— es una genuina diosa que tenía claramente culto muy superior y conocido. Es inverosímil que fuera, para comenzar a lo menos, algo tan vasto como el planeta Tierra en general; mejor fue la porción de tierra en particular —granja, grupo de caseríos, o territorio de un pequeño estado— con la cual el particular adorador o adoradores eran conocidos; o aún más probablemente el poder que ejercía en el trozo de suelo que hacía producir toda clase de plantas. De aquí que no pocas veces vemos a la Tierra como surgiendo de la tierra, precisamente como Zeus es mostrado descendiendo del Cielo o Poseidón cabalgando sobre el mar. Mantiene, sin embargo, una vaga figura, extensa, desplazada en el culto y en la mitología por diosas, más completamente humanizadas, pero que tienen igual o semejante origen.

Los hijos de esta primitiva pareja, son conocidos colectivamente como los Titanes, palabra de significación incierta. Todavía más inciertos son su origen, su significación para los que primeramente creyeron en ellos y el lugar o lugares donde surgieron. Los largos y altamente polémicos artículos de Bapp y Mayer en Roscher bajo el vocablo *Titanem* bastan para mostrar en qué gran medida una parte de nuestras ideas respecto de ellos es el resultado de deducción, a menudo muy ingeniosa y erudita, de escasos y dudosos hechos. Esto poco más o menos puede tenerse como claramente cierto que los Titanes son figuras muy antiguas, un poco adorados donde quiera en la Grecia antigua y pertenecientes a un pasado tan remoto que los griegos más primitivos de cuyas opiniones tenemos algún conocimiento cierto, pero circundado de una nube de extrema antigüedad.

De la lista que da Hesiodo y que puede ser ampliada de otros autores, seis nombres forman un grupo separadamente: Kronos, Okeanos y Yapetos con sus consortes Rea, Tetis y Temis. De Oceanos y Tetis se habla en un famoso pasaje de la *Iliada* como los progenitores de los dioses; Yapetos es mencionado junto con Cronos por Homero y Temis es positivamente declarado por Esquilo ser idéntica a la misma Gaia. Los nombres de Kronos, Yapetos, Oceanos, Tetis, con toda probabilidad no son griegos. Temis es una palabra de dudoso origen, pero probablemente de raíz griega. Rea o Reya es también de etimología dudosa.

Es admitido generalmente que los Titanes son poderes naturales de alguna especie. Hiperión parece un dios-sol; Temis, una diosa-

tierra. El nombre de Oceanos muestra su conexión con una corriente que míticamente ciñe al mundo. Los nombres y naturaleza de Coyos y Crios son inciertos; Teya y Febe son la «divina» y la «brillante», respectivamente, y la última está relacionada con la Luna pero sólo en escritores tardíos y, aparecería, por medio de una identificación con su propia nieta Artemis. El tan grave testimonio de Esquilo dice que ella era la tercera poseedora del oráculo de Delfos, antes de Apolo, a quien se los dio. Mnemosine es una pura abstracción, memoria personificada, nada tiene que hacer entre los propios Titanes. La encontramos, pues, en un grupo de deidades principalmente no griegas relacionadas posiblemente con los cielos, de lo cual parece razonable concluir que ellos fueron en otro tiempo adorados en Grecia, antes de que los griegos llegaran y que alguna memoria de ellos persiste con un remanente de sus cultos acá y allá. Las leyendas de los titanes consiste generalmente en el relato de su lucha con los dioses Olímpicos, en sí misma muy posiblemente es una reminiscencia de la antigua pelea entre invasores e invadidos, con el natural corolario de que los dioses adorados por una y otra parte compartieron sus esfuerzos y su victoria o derrota.

Además aquí han nacido los tres Cíclopes: Bontes, Esteropes y Arges, es decir, el Hombre-trueno, el Hombre-relámpago y el Brillante, y los tres Hecatongiros, gigantes de cien manos —Cotos, Briareos o Obriareos—; según Homero hubo quienes le llamaron Egueón y Gies. Los primeros, un antiguo interpolador del poema los explica, fueron llamados Cíclopes —ojos redondos— porque tenían un ojo solo en medio de la frente; eran una especie de divinos forjadores, productores del rayo de Zeus. Pero Homero nos da un relato de ellos totalmente diferente. Para él eran una raza de gigantes salvajes, que vivían en una isla —posiblemente Sicilia, tenido por cierto ser Sicilia en tiempo posterior— en un estado de ruda cultura pastoril. No *haciendo ilusiones* sobre el «noble salvaje», representa al Cíclope Polifemo, que Ulises encuentra como un monstruo basto y brutal, completamente insensible a las más elementales obligaciones morales y fácilmente burlado por el superior ingenio del Aqueo civilizado. El trío de los cien-manos son figuras muy vagas. Egueón-Briareos parece estar relacionado de algún modo con el mar Egeo; única sugestión posible para su origen es que el pulpo, motivo favorito del arte Cretense, ha contribuido a su monstruosa formación.

De las gotas que cayeron de él sobre la tierra nacieron las Erimas, los Gigantes y las Melias, una especie de ninfas, espíritu del árbol-fresno. Pero el miembro mismo como flotó en el mar y formó espuma en torno, surgió la diosa Afrodita. Ella tomó tierra en Citera, isla de la costa de Esparta, que después llegó a ser un famoso lugar de su culto y el Amor inmediatamente se le unió a la vez que el deseo —Himeros—.

VALENTIN SORIA SANCHEZ